

ejemplo) y más específicas otras (no a la educación municipalizada, fin al impuesto a los combustibles, “igualdad ante la ley y el trabajo de las mujeres”).

El documento se entregó a los movimientos políticos y a los miembros de la Junta para esperar una respuesta. Si no la había o no era satisfactoria, se movilizarían.

¿Qué se buscaba con ella? “Se planteó un cronograma que tenía fecha de inicio el 2 y 3 de junio del 86, con un paro nacional que iba a ser secuencial hasta octubre, noviembre, que iba a ser de dos días, de tres días, de cinco días y después definitivo”, recuerda Francisco Rivas en el estudio “Asamblea de la Civilidad” de Cristopher Manzano. Saá recuerda que “no es que se creyera que se conduciría a la rebelión, pero sí que la movilización social debía acompañar a la estrategia política”.

Santiago amaneció sin transporte

No hubo respuestas de la Junta, ni de otros sectores del gobierno. La paralización iba –aunque se postergó un mes, pues en la fecha original se estaría en pleno Mundial México 86–, y con un instructivo claro: No ir a trabajar, no mandar a los hijos al colegio, no hacer compras ni trámites, a las 14:00 retirarse a los hogares y en la noche realizar caceroleos.

En la mañana de la primera jornada de esa protesta de 1986, la prensa transversalmente reconoció una caída de hasta el 90% del transporte público en zonas de Santiago, lo que dirigentes del comercio explicaron como el principal factor para que prácticamente toda esa actividad cerrara después de almuerzo. Otros, cumpliendo la planificación, acudieron a las plazas de armas de las ciudades, aunque fueron dispersados según los reportes.

En el maniqueo Chile de los 80, los balances daban para que la Sofofa, según su presidente, Ernesto Ayala, afirmara que “no había industrias paralizadas” y que Rodolfo Seguel concluyera que “el 90% de los trabajadores no concurrió” al trabajo, o que la autoridad de Salud reconociera un “ausentismo variable de un hospital a otro”, mientras el gremio de la salud hablaba de 100% de adhesión en el Roberto del Río y 98% en el Félix Bulnes.

Un hito sangriento marcaría esa primera jornada: dos jóvenes, Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas De Negri, fueron quemados por una patrulla militar –como se acreditó tiempo después– durante la protesta y después fueron abandonados a un costado de una carretera en Santiago. De Negri moriría al poco tiempo.

Por eso era natural que cuando ese primer día de paro les advirtieron a los dirigentes de la Asamblea que la CNI llegaría al Sheraton, se activó un segundo paso: Una reunión durante la tarde, a pocas cuadras, en el Colegio de Dentistas, para hacer un balance de la jornada. Pero ahí el grupo supo que venía dura la mano del gobierno: Cuatro radios –Cooperativa, líder del dial; Carrera; Chilena, tercera en ra-



A fines del 86, en la DC se impuso la tesis Aylwin de jugar en la cancha de la Constitución. Aquí, tras reunirse en 1987 con el cardenal Fresno, junto a Narciso Irureta, Edgardo Boeninger, Gutenberg Martínez y Andrés Zaldívar.



La cumbre de la asamblea de la Civilidad se realizó el 26 de abril en un recinto jesuita con 18 organizaciones y casi 500 asistentes. El mensaje fue “deponer legítimas diferencias en pos de las grandes metas nacionales”

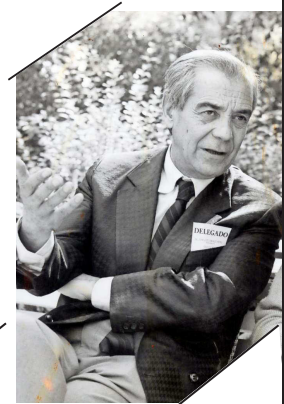
ting; y Santiago– sólo podrían tocar música, pasar tandas comerciales y entregar información oficial de la autoridad, acusadas de llamar a quebrantar el orden (luego algunas revistas opositoras seguirían el mismo destino). A los pocos minutos se agregó un extra noticioso que golpearía directamente a la Asamblea de la Civilidad: Existía una orden de detención contra 19 personas. ¿Cuál fue la razón para invocar la ley de seguridad del Estado? Llamar a actos públicos no autorizados, al desorden y a la violencia, y a los que se reunieran o concertaran los elementos para atentar contra la estabilidad del gobierno, según explicó días después el procurador general Ambrosio Rodríguez.

“Sabíamos que vendría la mano dura”: A esconderse

El líder DC, Enrique Krauss –que asu-

miría un papel clave en el equipo que defendería a los detenidos–, recuerda que “sabíamos que vendría la mano dura, por eso había toda una preparación si se requería refugiar a alguien”. Y justamente esos preparativos incluían que Latorre trasladara al presidente de la Asamblea, Juan Luis González, a la casa de Krauss. “Aún recuerdo cuando, en medio de la noche y un apagón, escucho voces: ¡Enrique!, ¡Enrique!. Era Gabriel Valdés, que venía con Claudio Huepe a vernos”, recuerda hoy el dueño de casa.

Efectivamente esa noche a las 21:05 hubo apagones que dejaron a oscuras desde Copiapó hasta Concepción. En muchas poblaciones se vivieron enfrentamientos. El libreto –aunque con los organizadores escondidos– se repetiría al día siguiente. Seis muertos –otros cálculos hablan de 8– y 600 detenidos fueron los balances más repetidos de esos dos días.



El presidente del colegio

médico, Juan Luis González, lideró el conglomerado de gremios profesionales movimientos culturales y poblacionales que organizaron el gran paro contra el régimen militar el 2 y 3 de julio de 1986. Se agruparon en la llamada Asamblea de la Civilidad.